

ESTO Y Aquello

EDICIÓN DE CARLOS GONZÁLEZ Y SU TIPO L. BENÍZUL

Marcha

*Sobre el prado aterido se desploma la niebla,
las aguas se retuercen en una pesadilla
i acentuando la angustia que la comarca puebla
la anemia esparce el oro de su nota amarilla.*

*Los árboles escuetos visten hábitos pardos;
pone un buitre el zarpazo de su jira callada
i, atormentadamente, los quiscos i los cardos
se erizan en la arcilla desnuda i empapada.*

*El Otoño en el tedio de su luz me sepulta
i en la penumbra mística mi corazón ausculto
la lejana promesa de la gloria estival. . . .*

*Muerde el viento con furia de recias hidrofobias
y los cendales finjen los velos de las novias
que olvidaron los crueles desvíos de don Juan. . . .*

GUILLERMO MUÑOZ MEDINA.

Chileno.

Compre sus joyas en la Platería de Andrés Ponce Rojas

El Pescador del Báltico

(LEYENDAS DE INVIERNO)



En las oscuras noches de invierno, cuando la lluvia cruje con siniestro ruido en la hojarasca y en los techos, mientras el viento huracanado levanta en el océano olas inmensas que van a estrellarse enfurecidas en los abruptos peñascos de la costa; en esas noches lóbregas y frías, iluminadas apenas por la intermitente luz de los relámpagos, mi espíritu, participando del estado tétrico de la naturaleza exterior, ha evocado sin quererlo, mil historias y leyendas terribles, y entre ellas, con persistencia, una que en vano he tratado de olvidar.

Hace ya de esto muchos años: fue en una lluviosa noche de Octubre. Sólo, en el ángulo más oscuro y apartado del Café frecuentado por los bohemios de aquella época, con los codos apoyados sobre una mesa y la frente entre ambas manos, veíase un extraño personaje.

El raro aspecto de aquel hombre de lengua y blanca cabellera y de frente pálida como el dolor, llamó mi atención desde el primer momento, y dirigiéndome al amigo que me acompañaba, le pregunté:

—¿Ves ese individuo, le conoces?

Le he encontrado ya algunas veces, en los parques, en este mismo sitio, pero siempre solo, envuelto en ese negro gabán y en los lugares más apartados y oscuros. Parece como que odiara a la humanidad y con ella a todas las cosas que le rodean. Es un escéptico. Tal vez uno de aquellos de quienes dijo el poeta:

«muertos son los que llevan muerta el alma
y viven todavía.»

—Y no has entrado en relaciones con él?

—Anda! . . . quién podría entrar en ellas tratándose de semejante carácter.

—Pues lo deploro; ese raro individuo, si no me equivoco, es el protagonista de alguno de esos dramas que hieren profundamente el corazón . . . tal vez la víctima inocente de la falsa justicia de los hombres.

—¿Quién podría averiguarlo?

—Yo.

Y separándome de mi amigo, quien fue a reunirse a otros, me acerqué lentamente al desconocido.

—Caballero—le dije, después de un ligero saludo—os he visto muy solo y he venido a ofrecerles mi compañía si no os es molesta.

Aquel hombre, simulando no comprender mis palabras, fijó en mí toda la gravedad de su mirada.

Sois extranjero, tal vez recién llegado a este país?—volví a decirle.

—Sí, soy de Suecia y tengo pocos días de haber llegado a esta ciudad.

—Y pensáis permanecer en ella algún tiempo?

—Muy poco. Voy de paso.

—Y qué impresión os ha causado esta ciudad? torné a preguntarle lleno de orgullo por tratarse de mi patria.

—La misma que han producido en mi alma todas las que hasta ahora he visitado: ni agradable ni desagradable. Paso por el mundo indiferente a todo; a nada le sonrío porque nada me sonríe. Veo las cosas a través de un prisma naturalizador. La Humanidad así contemplada, se me figura un enjambre de macábricos esqueletos disfrazados para la danza del mal con el traje de la vida.

Volved la mirada hacia aquel lugar—continuó—¿No véis ahí siete esqueletos reu-

ANUNCIASE en ESTO Y AQUELLO, Revista que cuenta con Talleres propios y que es leída por millares de personas.

nidos?

—No; son siete personas que se entretienen en el juego

—Pues os equivocáis: vuestros ojos no saben ver la realidad detrás del disfraz con que se presenta. Los míos están viendo ahora mismo vuestro esqueleto, del mismo modo como ver los de esos siete individuos.

Comprendí entonces que aquel hombre estaba loco, y trate de retirarme.

—No; no debéis iros todavía, me dijo. ¿Es que os ha asustado lo que acabo de deciros?—Ah... tal vez hasta me habréis creído loco, cuando no he hecho otra cosa que deciros la verdad... Tal vez como otros muchos, no me habréis comprendido, pero no me importa; ya tendréis motivos para farmaros otra opinión cuando sepáis quién soy, y cuando os haya referido la causa de mi escepticismo.

—Os escucharía con verdadero interés, pues ya me había figurado que en vuestra alma existe oculta alguna de esas grandes historias desconocidas para la mayor parte de los hombres.

—Y podría vuestra alma interpretar debidamente el verdadero dolor, esos grandes dolores que agosan el corazón, del mismo modo que el Aquilón enfurecido deshoja las flores en sus tallos? ¿Habéis sufrido mucho, conocísteis los esteriores del hambre, de la sed, los rigores del frío, y no tuvisteis para moderarlos ni un pedazo de pan, ni una gota de agua, ni un jergón con qué abrigaros? ¿Y habéis llegado alguna vez a ser víctima de la hipocresía con que los hombres ocultan sus infamias? Pues si todo esto habéis sufrido, si habéis llegado a conocer las grandes tempestades del alma, yo os referiré esa historia que constituye la etapa más interesante de mi vida. Sentaos y escuchad.

—Y el anciano comenzó:

—Fue en los albores de aquel terrible invierno que casi devastó la Europa y cuyo recuerdo ha quedado profundamente grabado en la memoria de los pueblos del Norte, sobre todo. En aquel tiempo vivía yo con mi esposa y mi único hijo, un niño de cinco años, en un modesto pueblecito ruso de las orillas septentrionales del Báltico. Ocupábame en la pesca, que, a pesar de su abundancia en anteriores días se había hecho tan escasa a causa del avance prematuro de aquel rudo invierno, que los pobres pescadores recorrían inútilmente grandes extensiones en persecución de los peces que huían en busca de aguas más templadas, sin conseguir pescar uno entre sus redes.

En uno de aquellos tristes días, mientras la nieve, cayendo silenciosa, cubría con una blanca sábana los techos y los campos, viendo a mi pobre mujer delirante de fiebre y a mi pequeño y único hijo debilitado por el hambre y tiritando de frío, acurrucado en un poco de pajas que le servía de lecho, un dolor indescriptible se apoderó de mi alma. ¿Qué hacer? La miseria, la terrible miseria, acompañada de su cómplice, la estación más triste, se enseñoreaba en mi infortunado hogar. Mi mujer y mi hijo, más que de otra cosa, morían de hambre y en tanto, yo no tenía un pedazo de pan para prolongar sus vidas.

¡Cuántas ideas siniestras cruzaron entonces por mi imaginación en un instante!... pero luego, meditando, mi honor... dije, mi nombre y el de mi hijo... ¡no, no debo mancharlos!... y alejando de mi mente aquellas fatidicas ideas, animado por una última esperanza, tomé mis artefactos de pesca y me hice al mar, con intención de ir lejos hacia el Sur, en busca de fortuna.

Y navegué largas horas; visité todos aquellos lugares que en otros inviernos me habían favorecido con abundante pesca; tendí mis redes, esperé y... nada, ni un solo pez logró cojer para el sustento de los míos!...

Desesperado por este último fracaso que venía a hacer más grave la miseria de mi hogar, me dispuse a regresar, y ya izaba el ancla cuando entre los brazos de ésta, horror! un esqueleto humano, al parecer reciente, salió a flor de agua junto con el ancla.

Fui a arrojarlo al fondo, pero al tratar de destrabarlo, un objeto reluciente que pendía de una de las falanges; hirió mi vista. Era un grueso anillo de metal, con una hermosa piedra brillante en el medio.

No tengo palabras con qué describir la viva impresión que agitó mi alma en presencia de aquel hallazgo. Tembloroso por la emoción, lo tomé del hueso en donde estaba y arrojé al agua el esqueleto.

Cuando llegué a mi cabaña, corrí a abrazar a mi esposa y a mi hijo, y la frase ¡ya tenemos pan, ya tenemos pan, salió de mis labios repetidas veces mientras el corazón quería estallar de gozo dentro del pecho.

Mi esposa no me respondió; seguía delirando; mi hijo me echó llorando los brazos al cuello diciéndome: «dame, pues, dame, tengo hambre».

Una especialidad nuestra es el timbre de cintas para coronas

Corri entonces como un loco a la primera tienda y poniendo la joya en manos del dueño, le dije: dadme algunos alimentos y cobraos de ella: no tengo más.

El tendero observó con algún detenimiento el anillo y me preguntó sorprendido: ¿dónde habéis comprado esta joya y cuánto os ha costado?

—No la he comprado: es un hallazgo.

—Me parece haber visto antes este anillo... en poder del conde... pero nó, qué digo?... En fin... esperad un poco, un instante nada más, pues no conozco ni siquiera aproximadamente su valor y voy a preguntarlo a una persona versada en el negocio. Y diciendo esto desapareció.

Pocos minutos después aparecían algunos gendarmes y al frente de ellos, sirviéndoles de guía, el dueño de la tienda, quien señalándome a los representantes del orden, les dijo: he ahí al criminal.

De nada sirvieron protestas ni súplicas; de nada el que yo tratara de conmover aquellos corazones insensibles, hablándoles de la miseria de mi hogar; de la inevitable muerte de mi familia por el hambre y por la fiebre; y pocos minutos más tarde, con las manos atadas, se me condujo a una oscura bóveda en donde se me dejó encerrado hasta segunda orden.

Al siguiente día, después de una horrible noche de desesperación y angustia durante la cual cruzó por mi imaginación más de cien veces la idea de una desgracia terrible, fui llevado ante el Comisario, quien con aires de gran señor y aparentando no haberme visto jamás, me preguntó:

¿Cuál es su nombre y profesión?

—Mi nombre Fredrik Mjølby, y mi oficio pescador.

—Conoce Ud. esta alhaja?

—Sí, señor. \blacktriangle

—Cómo y dónde la consiguió usted?

—La obtuve de un esqueleto humano que por casualidad, mientras pescaba, extraje del fondo del mar junto con el ancla.

—Inventa usted divinamente, pero ha de saber que no quiero asuntos de novelas sino la verdad, y ésta es la de q' la joya en cuestión pertenece al Conde Petrowsky a quien le fué robada junto con otras prendas mientras él dormía.

Una ola glacial recorrió en un instante todo mi cuerpo mientras me sentí casi desfallecer. ¿Era yo por ventura, presa de un horrible sueño o en realidad se trataba de imputarme un crimen del cual era yo inocente?

—Podría usted entregar las otras joyas o al menos señalar a sus cómplices si los tiene? De lo contrario me verá en el caso de enviarlo a Windau, para que allí se le juzgue.

¡Piedad, soy inocente. Tened compasión para los que en estos momentos agonizan de hambre y se hielan de frío!—murmuré, cayendo a los pies del Comisario.

—Yo nada puedo hacer: van a conducirlo a Windau y ahí se le oirá y si resulta inocente, volverá sano y salvo al lado de su familia.

En Windau fui sometido al más rígido interrogatorio y como no lograra comprobar mi inocencia, se me condenó a tres años de trabajos forzados.

Dos años cumplidos desde el nefasto día en que fui condenado había pasado en las más rudas faenas, recibiendo los más crueles tratamientos, cuando un día se me hizo comparecer ante el Conde Petrowsky.

Amigo, me dijo éste, extendiendo su diestra hacia la mía todo se ha averiguado: sois inocente. El individuo que me robó se ahogó mientras trataba de escapar, junto con su cómplice, una mujer llamada Danila, quien fue capturada y se halla en nuestras manos.

Voy a hacer que os declaren absuelto desde este mismo momento y mientras tanto, tomad en són de desagravio por el castigo inmerecido que habéis sufrido, este anillo, el mismo que encontrásteis en la mano del esqueleto y además dos mil rublos que hay aquí. Y extendió hacia mí un talego que yo rehusé con orgullo, lo mismo que el diamante, causa de mi infortunio.

Cuando regresé al pueblo de mi antigua residencia, busqué en vano mi cabaña: ¡ya no existía!... pregunté a algunos pescadores por mi esposa y por mi hijo, mi único hijo, y me respondieron vacilantes: «¡Vuestra esposa... vuestro hijo... ¡ah, sí, ya recordamos... ellos murieron... sí, murieron juntos... tal vez de hambre, tal vez de frío... pobrecillos: nosotros hicimos cuanto pudimos por salvarlos, pero la miseria fue tan grande, tan grande la escasez de provisiones, que estuvimos a punto de morir de hambre también.»

He ahí, el triste fin de los seres amados de mi alma, víctimas inocentes de la torpeza de una «justicia» q' se denomina sabia; he ahí cómo aquellas dos criaturas morían de ham-

bre en medio de los hombres mientras que yo, su único apoyo, purgaba allá lejos una falta que no había cometido.

Desde aquel día abandoné el país para ir a devorar mi dolor en extrañas tierras, lejos de aquellos sitios de recuerdos tan ingratos para mí.

¿Decidme, ahora que habéis escuchado la terrible historia que os prometí, si tengo o no razón suficiente para renunciar a todo trato con los hombres?

—¡Oh, sí, la teneis, pero ello no os concede el que podáis penetrar con la mirada hasta lo más recóndito de los seres.

Permitid amigo: es que no sabéis que desde que abandoné a Rusia, un esqueleto, visible para mí, el mismo esqueleto en que encontré el anillo fatal, me sigue a todas partes; y como ese esqueleto se encuentra en correlación con los de las personas vivas que pasan junto a mí, y como el mío se haya bajo la misma influencia, mis ojos ven un esqueleto en cada ser. Vos no podéis comprender esto; no, no es posible que lo comprendáis, pues yo mismo no me lo explico bien. ¿Es un acto de sugestión? No lo sé; pero si lo creo, puesto que esta visualidad extra-natural sólo la poseo en los momentos en que el esqueleto que marcha con migo se encuentra junto a mí, como ahora, por ejemplo. ¿No lo veis ahí, en el rincón? Miradlo, ahí está. . . .

Y mientras estas palabras pronunciaba aquel extraño personaje, sus ojos tomaron el color de las ascuas.

Había pasado el momento de lucidez durante el cuál me refirió aquel terrible suceso, y la horrible enfermedad que sólo cura la muerte, había asaltado nuevamente su cerebro.

Muchos inviernos han pasado desde entonces y con ellos muchas noches largas, lluviosas y sombrías. Durante este tiempo no he podido olvidar un solo instante el trágico relato hecho por el anciano pescador de las regiones del Norte.

NAPOLEÓN ARCE.

Invierno de 1914.

FLORACION MILAGROSA

* * *

Mi corazón se vuelve margaritas
Mi corazón se vuelve margaritas
por tí, fragante virgen, que perfumas
mi vivir con perfumes de pureza;
por tí, que eres radiante en la tristeza
como un lucero entre aurorales brumas;
por tí, reina de vírgenes que sumas
en la complejidad de tu belleza
todo el vivo matiz de la cereza
con el puro blancor de las espumas;
por tí, la de nevadas manecitas,
la de los grandes ojos extrahumanos
que hechizan con incógnitos hechizos,
mi corazón se vuelve margaritas
para herirse en el fuego de tus rizos
y morir en la nieve de tus manos;
al influjo de incógnitos hechizos
mi corazón se vuelve margaritas,
por tí, la de los ojos extrahumanos,
por tí, la de nevadas manecitas,
mi corazón se vuelve margaritas

GASPAR OCTAVIO HERNANDEZ.

Vendemos Sobordos y Facturas para el Ecuador, y Juramentos o Declaraciones

Sobre el Amor



¿E sería de nuestra existencia si el aura divina del amor no perfumara nuestra alma haciéndola experimentar ternuras inefables a cuyo benéfico influjo los senderos tortuosos de nuestra peregrinación por el mundo se hacen transitables, accesibles y los cuadros del universo físico, del universo moral y el mundo intelectual sonrien a nuestra faz, infundiendo a los ojos de la razón mayor apego a la vida cuya consagración a la persona amada no puede menos que ser sincera, toda vez que amar es ligar íntimamente los afectos para de sus corazonas formar uno solo en aspiraciones, tendencias y sentimientos que constituyen la norma de los seres que se aman!

Los pechos que no han sentido la fiebre del amor, atetargados, por decirlo así, no han visto ensancharse a sus ojos el cúmulo inmensamente grande de sensaciones cuyo hermoso conjunto es prueba evidente de nuestra exelencia moral, manifestación palmaria de la chispa divina que el Supremo Sér encendía en los espíritus para propulsar su grandiosa obra de creación.

El amor en sus múltiples manifestaciones es la palanca universal; resorte misterioso que alienta nuestra vida mientras nos resta un soplo de esperanza; móvil regulador de todas las acciones y eje resistente a cuyo rededor giran con admirable equilibrio las aspiraciones del hombre, individual y colectivamente hablando.

Prueba de este aserto es el interés con que se trabaja por hacer felices, en el mayor grado posible, al padre, a la madre, a los hermanos, a la esposa, a los hijos, impulsando así la dinámica social y glorificando con esto el amor al Creador, amor que constituye la sabiduría completa.

Una de las manifestaciones del amor, acaso la más acentuada, la que reviste caracteres psicológicos muy íntimos y cuyos efectos se sienten profundamente en el ánimo, abatiéndolo si son siniestros, realizándolo si son amenos, es el amor conyugal, piedra angular del edificio social y base segura de prosperidad ya apreciada por los sociólogos.

La unión espiritual y corporal del hombre y la mujer, efectuada para fundar un hogar debidamente organizado, en el cual rebocen la amabilidad, la ternura, el deseo del bien, debe ser la mira esencial de todo sér humano para contribuir con esto a la realización del ideal divino que establece la mutua compenetración entre el hombre y la mujer como ley inexorable e imprescindible.

Asunto es este de capital importancia que sólo el dedo del destino señala con verdadero acierto pues la elección entre los consortes, según Smiles, es uno de los casos en que el hombre no se equivoca sino una vez y que por lo mismo, depende de la suerte y de circunstancias especialísimas.

A favor de esas circunstancias y cuando menos lo espera encuentra el hombre a la mujer heroína de sus sueños, objeto de sus deseos, encarnación de sus ideales, es decir, al sér en quien deposita las inspiraciones amorosas, los afectos más tiernos y al que desea unirse en íntimo consorcio con los vínculos indisolubles de un verdadero amor cuyos efluvios sólo cesan con el último aliento de la vida.

Es innegable que en aquel instante—el de la conciencia—brota una corriente de simpatía que no se puede ocultar, corriente que se cristaliza en el cerebro, que domina la voluntad constituyendo uno de los más preciados tesoros de nuestra posterior existencia.

Desde aquel momento surge a nuestra imaginación un mundo de ilusiones al abrigo de un amor puro y sincero, desinteresado y sin límites. ¡Qué dulce es entonces la vida y cuán gratas nos son las esperanzas fundadas!

Es constante en nuestra mente la imagen de la persona amada que se hace plástica en nuestro espíritu viniendo a ser nuestro ángel tutelar.

Si para colmo de satisfacción se logran coronar con el lauro de una estrecha unión los nobles propósitos que se sustentan, el nuevo estado de vida restituye a nuestro sér mayor felicidad aún y en tales condiciones no se aspira sino a vivir tranquilo, sobrellevando con resignación las contingencias que resultaren y fortificando los lazos de cariño que el cielo se dignó anudar en cumplimiento de los secretos designios del Altísimo.

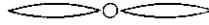
BENJAMÍN OCHOA C.

Dolega, 9 de diciembre de 1914.

Nuestro papel y sobres ingleses para matrimonios satisfacen el gusto más exigente.

Eróticas

A BERTA



*Acaso nunca vuelva, infeliz peregrino,
el brillo de tus ojos a ver en mi camino;
acaso nuevos nombres sonando en tus oídos
glorioso sitio obtengan, de recuerdos queridos....*

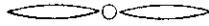
*Acaso unida un día a otro, mortal dichoso,
reiréis de mis anhelos de enferma fantasía;
en tanto que yo, lejos, recordaré orgulloso
a la que fuera--oh, Berta! inspiradora mía....*

*Ocaso ya se acerca para mi vida triste,
las sombras del sepulcro me aguardan silenciosas....
Cuando haya muerto, niña, recuerda que me viste
llevar a tus altares siemprevivas y rosas....*

*Su perfume embriagante que remeda tu aliento,
espero que mi nombre dirá a tu pensamiento....*

DELIO.

Mal.....



*No me explico tu mal ni tu tristeza
ni me explico tu amarga desventura
si a mi lado te colmo de ternura
y te ofresco mi amor y mi pureza....*

*No me interrogues nunca por mi mal;
te asombrará mi vida si lo sabes;
mi mal es ese mal de presas aves
entre jaulas lucientes de cristal;*

*Una pena interior que es un martirio,
extraña, lenta, misteriosa y honda.
Quiero ver ya la luz de débil cirio*

*Y oír un triste doble funeral.
Mas deja tú que mi dolor esconda
y no intarrogues nunca por mi mal....*

JOSE C. CALLEJAS B.

Panamá. Diciembre de 1914.

Compre sus joyas en la Platería de Andrés Ponce Rojas

El minuto final



L fin, solos otra vez!—Exclamó *El*, cerrando tras si la puerta de aquella alcoba embalsamada que años antes habíase abierto a la proximidad de sus pasos.

Todo estaba lo mismo: chisporroteaba el velador que habia alumbrado su primer beso; el antiguo pebetero, producto de la más artística orfebrería, embalsamaba el ambiente tibio con un raro perfume oriental; el veneciano espejo de aguas transparentes parecía retener aún en su fondo la figura adorable de la mujer querida como la viera muchos años antes en la primera cita; el mismo silencio, la misma soledad propicia!

Ella corrió hacia *El*, los brazos extendidos en ademán desfalleciente; en vuelta en el mismo kimono japonés en el que se advertían, dibujados en seda; los amores de Leda, las locuras de Safo y los idilios de Psiquis y Cupido.

Se enlazaron en un abrazo perezoso mientras sus bocas se unían en un beso intenso, febricitante y embriagador, como el perfume de rosa del japon con que *Ella* solía friccionar las opulentas elasticidades de sus senos perversos en los que aún no se advertía el halo violáceo de la maternidad.

Expansionaron sus pechos con sendos sollozos reminiscentes y fueron a sentarse en un confidente de terciopelo color de rosa, temblorosos, ruborizados y mudos, como si se espantasen de si mismos, como si temiesen que la misma soledad propicia los traicionase.

El la reconoció: sus formas, antes finas y lánguidas, habian adquirido en el transcurso de tres años que hacia de la última entrevista, esa opulencia sugestiva del placer escogido y refrenado que va poco a poco como la mano de un artista, corrigiendo detalles hasta encontrar la perfección. Sintió ese profundo despecho del que no puede vanagloriarse de su triunfo. Aquella obra no era del todo suya y tuvo celos de las manos que habian terminado el pulimento.

El silencio se hizo profundo. Sus trémulas bocas crepitantes no acertaban a proferir una palabra; en sus pechos vibraba la angustia de lo desconocido, y, no pudiendo hacer uso de la frase, se hablaron en el lenguaje absoluto del llanto, él apartando la inmensa bruma de los recuerdos, élla tratando de cubrir a los ojos de él sus opulencias delatorias.

¿Quién sabe lo que monologa el mar con la lengua de sus olas? ¿quién lo que murmura el río que salta por entre riscos y collados y llanuras? ¿quien lo que dice el trémulo són de la brisa bagabunda y los sollosos profundos de las hojas movidas por el viento?

Nadie!

El artista los interpreta de acuerdo con el estado de su ánimo. Y, como el monólogo del mar y el murmurio de los ríos, cómo el són de la brisa y los sollozos de las hojas, el llanto de los seres que no pueden hacer públicos sus amores, sólo ellos lo comprenden en toda su intensidad.

La pupila que se moja tiene mucho de lo arcano. ¡Quién sabe si allí bebió su inspiración más de un poeta!

Desgraciados los que no pueden llorar!

Ella fue la primera en enjugar sus lágrimas. Después, con su fino pañuelo de batista enjugó las del amado y lo besó en los ojos como si quisiera, bebiendo su llanto, penetrar de su elocuencia.

¡Ah, la mujer! Cómo es de fuerte en estos dramas ocultos que el amor escribe con besos, con lágrimas y a veces con sangre!

—Qué tontos somos!—exclamó *Ella*.—A qué llorar ahora si estamos juntos; yo sola para tí; tú prisionero entre mis brazos, como una esperanza que pugna por escaparse. ¿Por qué amargar con el llanto este supremo instante en que la ilusión ya borrosa de otro tiempo se yergue ante nosotros como el sol de la mañana entre cadáveres de niebla? Com-

prendo tu llanto: también lloras tú por lo que lloro. Te desesperan las caricias que un destino perverso me impulsara a aceptar. No llores por eso: yo recibí inconsciente esas caricias y mis adoradores huyeron decepcionados, entumecidos por el frío de mi cuerpo que sólo para ti conserva sus ardores. Ellos huyeron para no volver y mi anhelo no los extraña. Tú viniste un día para no volverte a ir; porque mi alma se impregnó de la tuya; porque, como escrito con tinta indeleble, en mi labio se adivina tu primer beso de amor; porque en mis oídos vibran, enamorándome siempre, tus palabras amorosas; porque mi alma, hoy como entonces, conserva todos sus encantos; porque en mis recuerdos sólo tú has perdurado. No llores. Pruébame con tus caricias, con tu voz llena de dulcedumbres, que tú tampoco me olvidaste, que ninguna gozó de tus afectos, que imborrables están en tus labios las huellas de mis besos, el eco de mi voz en tus oídos y sola yo en el fondo de tus remembranzas.

Y lo abrazó envolvente, lujuriosa, irresistible para otro que no fuera él.

No se movió. Aquella cascada de caricias cayó sobre su cuerpo como el fuego en el fuego, como la nieve en la nieve.

Para qué había ido? Para qué la pidió que arreglase aquella alcoba como lo estaba lustros atrás, un día que él llevaba escrito en su memoria? Era simplemente para repetir la misma escena que tres años antes había tenido lugar allí mismo, después, mucho después de la primera cita?

Todas estas preguntas y muchas más se hacía *Ella* sin poder comprender la extraña conducta del amado.

Interrogó a éste, pero sus labios no pronunciaron una palabra, sino que permaneció inmóvil, fija la vista en la roja colgadura de la puerta de entrada.

Llamaron a la puerta. Sin embargo, lo inesperado del toque no ejerció ninguna influencia en sus nervios.

Era la moñista, según pudo comprobarse por una exclamación alusiva al llamar por segunda vez.

Nadie abrió; los pasos del importuno visitante se alejaron y el silencio tornó a reinar más arcano y angustioso.

Hay momentos en nuestra vida en que enmudece todo cuanto nos rodea; hasta el corazón parece debilitar sus pulsaciones. Es el momento en que se dan cita en nuestra mente, todas las alegrías, todas las tristezas de los tiempos pasados. Momento fugaz en que el recuerdo, como un ave entumecida aletea en el fondo del cerebro en busca de calor para detener la escarcha que lo encubre.

El se hallaba en uno de esos momentos. Aquel pasado feliz que no podía rehacerse, se le presentaba ahora con su cráter de perfumes, con su aurora de ilusiones y su infinito de caricias.

Quién olvidó jamás los detalles de la primera cita de amor? El beso trémulo que quiere hacerse sentir y teme ser oído? Ese dulce sí de la mujer amada dicho muy paso como si temiese ser escuchado por el silencio? Los que hayan amado alguna vez con toda la intensidad de la materia y de lo infinito, sentirán siempre la fruición de recordar esos detalles, porque el recuerdo, como la lluvia a las plantas, rocía el alma y reverdece el corazón.

—Recuerdas?—murmuro élla, temerosa de cortar la magia de aquel silencio evocativo.—Cuánto tiempo desde entonces! Era yo casi una niña, tú un imberbe. Mi primera negativa te desesperó y lloraste mucho, como ahora; el torrente de tus afectos lo tradujiste en lágrimas; ellas me rindieron y fui tuya como nunca le he sido de nadie, porque lo fui con toda el alma. Después. nos separaron, como las llamas de un incendio por una ruina que se derrumba, y el tiempo pasó llevándose tu amor y acrescentando el mío que te ha esperado siempre.

Ese dulce reproche acompañado de un suspiro le hizo salir de su abstracción y dijo:

—No. No se olvida en una eternidad lo que el amor consagró en un segundo. Tu amor me buscó en todas partes y a toda hora; es cierto. Me lo dijeron tus ojos; tus labios y el infinito desconsuelo que se pintaba en tu rostro, cuando, para no perderte, huía de ti con el corazón lacerado por la más horrible de las angustias. ¡Ay del labio que calla, del corazón que solloza y de los ojos que no pueden divulgar sus lágrimas! No me taches de ingrato. Mi indiferencia sólo fue lámpara encendida en el santuario de tu honor. ¿Te injurió mi indiferencia?

Ella, o no acertó o fingió no comprender el alcance de sus palabras. El amor de la mujer es más egoísta que el del hombre. Como es toda corazón, no admite consideracio-

Vendemos Sobordos y Facturas para el Ecuador, y Juramentos o Declaraciones

nes sino que busca olvido donde no existe y lo paga, en un raptó de falso orgullo, con la apostasia de ese mismo amor en cuyo nombre reclama.

Así, en un raptó de esos, reclamó *Ella*:

¿Para qué has venido? Para repetir la escena estéril de hace tres años, en que tu amor revelaste de manera distinta a como ahora lo explicas? ¿Que fatalidad se interpone hoy entre nosotros?

Y como si al mismo tiempo se arrepintiese de aquel modo de decir, doblegó su soñadora cabecita lánguida, mientras sus labios trémulos imploraban perdón.

—He venido—exclamó *El*—a fortalecer el único recuerdo grato de mi vida; a satisfacer una necesidad de mi mente enferma que no quiere desprenderse de la única ilusión que hoy le queda; a evocar muy cerca de tí la única hora grata que todo mortal lleva indeleble en el fondo de sus secretos. Pero me exijas que espere el minuto final de esa hora; ese minuto no volverá jamás aunque le llamemos toda la vida. En la veneración de ese minuto existe el éxtasis de esa hora ya lejana y la perduración de su recuerdo. Nó, no esperemos ese minuto; él es la gota blanca que el impetuoso torrente de la vida dejó olvidada en su carrera para que flotase pura en medio del desastre. No apuremos esa gota; tú serás feliz no profanando su albuza, yo gozaré venerándola. Esa gota-minuto será el hilo de Ariadna que ha de conducirnos por los senderos de lo mezquinamente temporal hacia el hermoso paraíso de lo eterno. ¿Has comprendido esto?

La miró fijamente y luego continuó:

—Para dos seres que se aman, el sol de la felicidad sólo brilla un momento; y ese momento podría ser eterno si la humanidad despojándose de los convencionalismos que la atenazan, pudiese dominar fuera de él los egoísmos de la carne. Probemos de esa fuerza y salvemos del olvido lo más hermoso de nuestro amor. Así, cuando tú mueras aspirarás en tu sepulcro el perfume de mi cariño convertido en flores que te harán recordar con su fragancia la voluptuosidad de aquel minuto extremo. Tú harás lo mismo conmigo si me sobrevives. En cambio, los que en tí apuraron el placer hasta agotarlo, sin poner una chispa siquiera de su amor, pasarán al lado de tu fosa sin brindarle una mirada compasiva. Yo también haré lo mismo con aquellas que sólo me dieron de su voluptuosidad. Entiendes?

Su voz había adquirido ese timbre seguro del que sabe dominar los instintos bastardos. Besó mil veces aquella cabecita loca, forjadora de placeres; aquellos labios de púrpura que muchos años antes se habían abierto para recibir la ofrenda de sus besos, aquellas mejillas que habían sentido el calor de las suyas, y en un raptó de heroísmo desgarró su corazón con esta frase dolientemente triste:

Adios! . . .

Y en el silencio de la noche sus pisadas se apagaron lentamente, definitivamente.

ENRIQUE GEENZIER.

A la memoria de mi madre

(PARA MI AMIGO DELIO)

*Yo quisiera contarte ¡oh madre mía!
una parte, siquiera de mi vida . . .
decirte que destruye mi alegría
el dolor sin igual de tu partida!*

*Al partir para siempre de este mundo
te llevaste mis goces, mi alegría,
sólo me queda este dolor profundo
¡no te veré ya más . . . oh madre mía!*

*Y pienso a mi pesar ¿por qué, Dios mío,
tú que nos miras con amor de padre,
has dejado en mi alma este vacío,
que antes llenaba mi adorada madre?*

*¡Concédeme que el cielo hecho pedazos,
me deje ver su plácido semblante!
que se realice en sus amantes brazos
el grato anhelo de mi amor triunfante!*

*Que cuando a solas, en mi triste calma,
en el espacio las estrellas miro,
pueda enviarte los besos de mi alma
en las alas fugaces de un suspiro!*

BERTA.

Panamá, 1914,

Al margen de Quevedo



Don Francisco de Quevedo y Villezas nació en Madrid en 1580. Educado en Alcalá de Henares que a la sazón poseía una de las mejores instituciones educacionistas de España, mostró desde sus primeros años un talento privilegiado; a la edad de quince años se graduó bachiller en teología.

Era Quevedo de carácter alegre y burlón y de espíritu caballeresco. Una vez vió que un hombre insultaba a una mujer y penetrado como estaba del espíritu de la época, en que bullían en el pensamiento español las hazañas fabulosas de la andante caballería, exasperado sobremanera lo mató. Debido a este lance tuvo que huir para salvar de la justicia y emigró a Italia, donde el Duque de Osuna, Virrey de Nápoles, le dispensó buena acogida.

Después de que el Virrey lo hubo conocido bien, puso a su cargo comisiones delicadas que desempeñó con mucha habilidad en Madrid, en Sicilia y luego en Roma.

Por ese tiempo ciñó el hábito de Santiago.

Parece ser que sus agudezas le acarrearón la antipatía del Conde—duque de Olivares—quien, a pesar de su protector lo hizo recluir y desterrar después para el pueblo de la Torre de Juan Abad, donde tuvo que permanecer tres años. Declarado absuelto del homicidio cometido en España volvió a Madrid y el rey Felipe IV lo nombró su secretario.

Sus sátiras mordaces y severas tenían la fuerza ridiculizadora del epigrama, y algunas de ellas lanzadas abiertamente contra señores poderosos le granjearon peligrosas enemistades. Los aludidos en sus sátiras y composiciones en prosa sintiéndose heridos por el arma del ridículo magistralmente manejada por Quevedo, no omitieron diligencia alguna para vengarse de él, hasta hacerlo cargar de cadenas y reducir a prisión en el Castillo de San Marcos, donde permaneció algún tiempo en un ambiente malsano; mal comido y peor dormido, llena su vida de sinsabores, abatida su alma por honda pesadumbre.

Tantas penalidades minaron su salud y le infligieron graves enfermedades; murió a consecuencia de ellos en Torre de Juan Abad en el año de 1645.

Quevedo, como todos los grandes talentos, tuvo muchos enemigos; como todos los grandes hombres: Cervantes, Colón, etc, etc, fue escarnecido, perseguido y hecho encadenar por soberbios envidiosos.

El tiempo le hace justicia. Su venganza es la del bronce y la del mármol que resiste con fría indiferencia el empuje devastador de los siglos... Sus enemigos están caracterizados en sus libros simulando una mueca risiblemente triste, agigantados sus vicios, amonadas o calladas sus virtudes en la pintura caricaturesca de su pluma sarcástica.

Quevedo escribió varias obras de mucho aliento: Obras de sana y profunda filosofía, obras de política, obras alegóricas, y algunas picantes y jocosas de las que sólo han llegado hasta nosotros las que se salvaron de la Inquisición que le quemó las más. Por sus composiciones pícaras se le han venido atribuyendo a Quevedo producciones de carácter sucio; pero es lo cierto que si su lenguaje en algunas de sus composiciones es libre, se distinguen por su facilidad y gracia de ingenio. Debido a la galanura de su estilo y a su vasta erudición, Quevedo ha merecido entrar en el número de los clásicos españoles.

ALONSO VELARDE,

Alumno del Instituto Nacional.

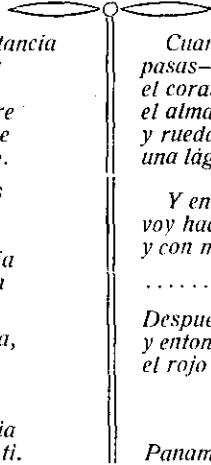
Panamá, Noviembre 6 de 1914.



SUS ORDENES se reciben y ejecutan hasta las 10 de la noche en esta imprenta

Sin embargo

PARA X....



Mujer, mujer! El tiempo y la distancia no han podido vencer a la constancia del infinito amor que por ti siento. Yo sé muy bien que tu precioso nombre en aras del amor lo diste a un hombre a quien sigue tu amante pensamiento.

Yo sé que tus abrazos, tus caricias y de tus bellas formas las delicias, jamás, jamás, alcanzaré a gozar! Y sin embargo el tiempo y la distancia no han podido vencer a la constancia de esta alma triste que te sabe amar.

Yo sé que no me amas, que tu alma, gozando del hogar la dulce calma dichosa vive sin pensar en mí; Y sin embargo, ocupa mi memoria de nuestro amor la ya pasada historia de esta pasión que aún siento yo por ti.

Cuando con paso rítmico—a mi lado pasas—sin comprender que dominado el corazón está por ese amor; el alma ante tu imagen se arrodilla y rueda por mi pálida mejilla una lágrima amarga y de dolor.

Y en mis horas eróticas de ensueños voy hacia ti con ardoroso empeño y con mis labios a los tuyos toco....

.....
Después...despierto pálido y rendido y entonces sé que aquello sólo ha sido el rojo sueño que ha tenido un loco.

TOMAS A. MAYTIN.

Panamá, 1914.

Ciencias y Variedades

Una Carta

Con profunda satisfacción tanto porque se trata de asunto de interés patrio, como porque ella viene a demostrar el interés que la Sección Científica y de Variedades de nuestra revista va despertando entre las personas pensantes del país, damos hoy a la publicidad una importante carta referente a un apunte histórico, publicado en uno de nuestros números anteriores.

Si en realidad, ese dato que viene a enmendar la carta en referencia, contiene el error señalado por el señor C. R. Jesús, lo que no debemos dudar, no por eso ha dejado de ser valioso, puesto que, merced a él, tal vez por ese mismo defecto, conseguimos hoy formarnos un juicio más amplio y más exacto sobre aquellos notables episodios involuntariamente olvidados por nuestros historiadores que ya tendrán el cuidado de recoger.

Ojalá que, tratándose de esta sección otros imitaran al señor C. R. Jesús en eso de indicar los errores de que adolezca lo que en ella se publique, puesto que sólo de ese modo nuestra labor sería completa.

He aquí la carta en referencia:

Aguadulce, Diciembre 26 de 1914.

Señores Directores de ESTO Y AQUELLO,

Panamá.

La sección de Variedades del número 9 de ESTO Y AQUELLO contiene un apunte histórico que, por las noticias que yo tengo, envuelve un error consistente en afirmar que los indios de Calobébora hicieron una irrupción a mediados del siglo XIX.

A mi abuela (nacida en 1805 y muerta a los 96 años de edad) oí contar el suceso en época en que ella conservaba bien sus facultades intelectuales. Decía ella que los indios mosquitos fueron los que hicieron esa irrupción y que no sólo saquearon y destruyeron a Santafé, sino que entraron a saco en Cañazas y San Francisco y que aún intentaron hacer lo

Una especialidad nuestra es el timbre de cintas para coronas

mismo en la ciudad de Natá, para cuya empresa comenzaron a rennirse en la población de Ola, y que no se atrevieron, al cabo, a acometer la devastación de Natá, al saber que esta ciudad recibió auxilios de Panamá y otros lugares y se aperció para la resistencia, armándose en ella hasta las mujeres. Los mosquitos permanecieron en Ola algún tiempo y dejaron en ese Distrito descendencia que es conocida en el lugar con el nombre de *hijos de indios bravos*, y de la cual conozco algunos tipos en quienes perduran hechos de salvaje a-tavismo propios de la raza generadora.

Y ya que he tratado asunto que se refiere a Ola y a los mosquitos, he creído oportuno exponer al estudio otra cuestión histórica y gramatical que no carece de interés. Ha dado la generalidad, de cierta época a esta parte, en hacer agudo este nombre, en mi concepto sin razón justificativa.

Los indios mosquitos constituían una tribu esencialmente conquistadora y, como tal, imponía su lengua. Tengo noticia de que la voz *ola* en mosquito significa *rio*, y de allí la formación de Changuinola, río de los indios chánguinas. A ser cierto esto, lo más probable es que el nombre de nuestro Distrito sea oriundo de esa lengua y que lo hubieran nombrado así en otras irrupciones anteriores, por la belleza del río que hay en sus inmediaciones, uno de los que tiene belleza más atractiva y variada y mejores baños de la República.

Algo análogo ha ocurrido recientemente con el nombre *Toabre*, de la jurisdicción del Distrito de Penonomé. Creo que ese nombre es grave, pero a algunos se les ha ocurrido que todos los nombres indígenas han de ser agudos, cuando tenemos muchos que no lo son, tales como Parisa, Scoria etc. Con respecto a Toabre se me ocurre que la terminación *bre*, que entra en la composición de otras palabras, como Calobre, Chilibre, Cuyabre etc., es significativa, como sucede con las aglutinantes, y que Toabre, como las anotadas debe ser igualmente grave.

A mayor abundamiento, recuerdo haber oído a un ilustrado sujeto muy conocedor de las lenguas indígenas, que, en cuanto a la acentuación de los nombres, debe uno atenerse, más que todo, al acento que les dan los nativos, y sabido es que los habitantes de Ola y de Toabre nunca pronunciaron Olá ni Toabré.

En fin, las anotaciones anteriores no envuelven idea alguna de suficiencia; tienen por objeto exponer al estudio de los entendidos en la materia o de quienes tengan mejor acopio de datos, asuntos que tienen cierto interés histórico que debe esclarecerse.

Con mis ofrecimientos de adhesión y simpatía soy de ustedes atento servidor,

C. R. JESÚS.

== ECOS DE LA QUINCENA ==

El día 9 de este mes se unieron en matrimonio en esta capital la distinguida señorita Luisa María Cervera y el no menos apreciable amigo David Burgos.

Con profundo regocijo registramos en nuestras columnas esta noticia, ya que los jóvenes cónyuges nos merecen todo género de simpatías, Lucha por sus celebradas virtudes físicas que, aunque muy notables por cierto, se hallan sobrepujadas por su exquisita cultura y esmerada instrucción, tesoro inapreciable que hará impercedera la felicidad de él, del amigo David, quien a su competencia de hombre luchador aúna el valioso contingente de una conducta ejemplar.

Que los lleve Dios por el sendero florido del amor hacia la meta de la felicidad son nuestros más ardientes deseos.

Dos jóvenes no menos distinguidos y apreciables: la espiritual y hermosa señorita Delia María Ycaza y don Erasmo Méndez, caballero sin tacha, contrajeron matrimonio en esta capital en las postrimerías del mes de Diciembre anterior; suceso que registramos hoy con el hondo placer que él nos inspira.

Superlativamente simpáticos, tanto Delia como Erasmo, por las exquisitas virtudes morales que ambos atesoran, primera base de la felicidad conyugal, nos atrevemos a vaticinar al matrimonio Méndez-Ycaza un porvenir lleno de impercederas dichas.

Para ellos, pues, nuestras congratulaciones conjuntamente con nuestros fervientes votos por la realización de nuestros vaticinios.

Compre sus joyas en la Platería de Andrés Ponce Rojas

DE carta que apto institutor e inteligente y concienzudo amigo, dirige a uno de los directores de esta revista, transcribimos los siguientes párrafos que extractamos, más por su sinceridad amistosa e intrínseca que por los elogios que en ellos desinteresada y espontáneamente se nos tributa:

«Como suscriptor que soy de ESTO Y AQUELLO, desde su primer número he podido apreciar el mérito de su concurso y labor literarios para hacer de esa revista una publicación simpática por lo grato y ameno de su formato.

La he conceptuado paladín de la literatura panameña y un digno exponente de la cultura intelectual y estética de sus colaboradores todos. Y lo que más me gusta de ella es el esmero que delata y la perseverancia que informa. Me parece ver algo más: una revista literaria democratizada, condición suficiente para que siga abriéndose paso.»

Agradecemos hondamente al caballero amigo los anteriores conceptos que nuestra modestia no nos permite aceptar, pero que nuestra amistad aprecia en lo que valen.

Nuestras gracias, pues, al simpático institutor y adicto letrado.



EL 4 de los corrientes festejó su natalicio nuestro querido compañero de labores don Azael Villalobos, Administrador-Propietario de esta revista.

Al amigo y colega de faenas, un apretón vigoroso de manos y nuestros votos por el triunfo del ideal que todos perseguimos.



MURIÓ el 2 de los corrientes en la vecina isla de Taboga, doña Carmen Rivera de Guilboa, respetable dama, generalmente apreciada en esa localidad.

A sus deudos todos, nuestra sincera expresión de condolencia.



El Artista, importante semanario artístico que se edita en Bogotá, República de Colombia, nos saluda de la siguiente honrosa manera que agradecemos de todo corazón al colega:

«ESTO Y AQUELLO.—Así se titula una revista quincenal de literatura editada en Panamá por los señores A. Villalobos e Hijos, quienes son Propietarios y Administradores de ella. Los dos números que nos han llegado traen exquisito material y fotograbados de actualidad, y están impresos con cuidadoso esmero. Saludamos al

inteligente colega, deseándole larga existencia y muchos triunfos.»

Retornamos nuestro cordial saludo al meritorio y prestigioso colega de la altiplanicie, a quien a su vez deseamos igual número de victorias, alcanzadas todas ellas en el estadio amplio del arte....



CUMPLE años hoy la graciosa y espiritual señorita Isidora Rivera, mística flor del vergel Tabogano. Las dotes de cultura que adornan a tan distinguida y apreciable damita, son dignas de general estima. A la bella Lolita y a su distinguida familia deseamosles perennes felicidades.



CON el propósito de saber a donde hemos de enviarles nuestra revista durante las próximas vacaciones, suplicamos a los señores Institutores que prestan servicio en esta capital se sirvan enviarnos sus correspondientes direcciones con la debida anticipación; ya que de otro modo nos será imposible satisfacer nuestros compromisos.



A VIRTUD de contrato celebrado por los señores Ricardo Miró y Villalobos e Hijos, la elegante revista literaria *Nuevos Ritos* aparecerá el día primero del próximo febrero editada en los talleres de la empresa «Esto y Aquello».

Como el contrato a que nos hemos referido no fue celebrado sino hasta el día nueve de este mes, cuando ya no era posible acometer la empresa de servir en su fecha el número correspondiente al día de hoy, el director de «Nuevos Ritos» ha dispuesto la publicación de un número doble que, como ya hemos dicho, aparecerá sin falta el día primero del mes próximo con abundantes y selectos artículos de literatura que trocarán en regocijo la impaciencia con que esperan los suscriptores a la decana de la literatura panameña.



EL día nueve de este mes murió en esta ciudad la señora doña Clemencia v. de Dutary madre de la muy simpática señorita Hilda Piza y del señor Alberto Dutary, a quienes enviamos nuestro sentido pésame.



ACOMPANAMOS en su duelo a don José María Fernández y señora, por la muerte de su primogénito, el niño José Antonio, acaecida en esta ciudad en los primeros días de este mes.



EL día ocho de los corrientes dictó en el

Teatro Nacional su anunciada conferencia la muy simpática escritora doña Concepción Jimeno de Flaquer.

La conferencia versó sobre el feminismo, tema que tan hermosos brotes literarios ha arrancado en los últimos años a notabilísimas plumas.

La citada conferencia, como todos esperábamos, después de haber leído los jugosos artículos con que doña Concepción honró ha poco las columnas de nuestros colegas «La Estrella» y el «Diario de Panamá», resultó interesantísima, ora por las avanzadas ideas en ella contenidas, ora por su galanura de estilo.

Como buena cultivadora de la hermosa lengua castellana, tiene la señora Jimeno de Flaquer, a pesar de su avanzada edad, dicción fácil y armoniosa, cualidades que predisponen en su favor la atención de los oyentes.

En el discurso de introducción, dedicado a las autoridades y a la sociedad panameña y a la colonia española, tuvo la conferenciante hermosas frases de cariño para nuestra joven nación y especialmente para la mujer del Istmo. Habló de la madre España con exaltado patriotismo que arrancó emocionantes aplausos al finalizar el breve discurso.

Sentimos, al igual que los demás concurrentes al acto, que nuestro público no hubiese acudido en mayor número a oír a la señora Jimeno de Flaquer, a quien con nuestras cordiales felicitaciones hacemos presente ahora nuestros muy ardientes deseos por su felicidad.

NUESTRO colega el «Diario de Panamá» anunció días atrás la próxima llegada á esta ciudad de una compañía de zarzuela que dirige el notable cómico don Alfredo del Diestro que tan popular se hizo entre nuestro público allá por los años de 1906 a 1907, en el ya demolido teatro *Metropole*.

Ojalá nos sea dable volver a aplaudir al simpático Alfredo, quien reúne cualidades notabilísimas para el desempeño de los papeles del género chico.

EL día nueve de este mes murió en Santiago de Veraguas la respetable dama, señora doña Bernarda G. v. de Vega, madre de nuestro querido amigo don Gilberto A. Vega a quien acompañamos en el inmenso dolor producido por pérdida tan irreparable.

EL día once de este mes recibió cristiana sepultura doña Ursula Z. de Mendoza,

madre de nuestro amigo Sacrovir Mendoza, a quien acompañamos en su duelo, así como a la demás familia de la extinta.

PRONTO hará viaje a los Estados Unidos nuestro amigo, el doctor Manuel Felipe Rodríguez, cooperario y Gerente de la empresa «Diario de Panamá», con el objeto de editar un precioso e interesante libro: *Panamá en 1915*, en el que colaborarán muchos de los más connotados escritores del Istmo.

Este libro estará a la venta, probablemente, en el mes de junio de este año. Su material de lectura será de lo más interesante que pueda apeteecer el lector, pues que además de las norables firmas que habrán de prestigiarlo, los temas escogidos tienen relación directa con el adelanto alcanzado por la nación panameña.

Que la obra corresponda a los esfuerzos de los Directores y colaboradores y a los anhelos de nuestra nacionalidad, son nuestros más ardientes deseos.

PRÓXIMAMENTE seguirá a la ciudad de David donde tiene establecida su residencia, el Agente de esta revista en aquella localidad, nuestro amigo Emigdio A. Jiménez, a quien deseamos todo género de felicidades.

EL día nueve de este mes y en celebración de su onomástico, el apreciable y culto amigo nuestro Simón Aguilera reunió en su casa de residencia a numerosos amigos suyos a quienes regaló con un hermoso baile en el cual hubo derroche de entusiasmo y buen gusto.

Celebre con la misma alegría de ayer los años venideros el amigo Aguilera y así veremos realizados nuestros deseos.

Sección Recreativa

1a.—CHARADA:

Es mi *primera* un artículo
de mucha necesidad
y mi *segunda* y *tercera*
la base son del mortal;
mi *todo* es al individuo
lo que el velo es al altar,
las nubes al firmamento
y las espumas al mar.

Vendemos Sobordos y Facturas para el Ecuador, y Juramentos o Declaraciones.

20.—LOGOGRIFO NUMÉRICO:

1 2 3 4 5 6 7 8	Sustantivo
4 3 5 8 7 3 8	Nombre de persona
5 8 7 8 5 8	Sustantivo
1 8 2 3 7	Casero panameño
5 8 7 8	Sustantivo
5 8 4	Constelación
6 7	Silaba
1	Letra

30.—CUADRO DE PUNTAS:

. . .
.
.
.

Cambiar los puntos por letras de manera que pueda leerse vertical y horizontalmente:

rio de Venezuela
nombre químico
árbol de África.

La primera solución que recibamos de los tres números anteriores, será premiada con un quinto de billete del sorteo correspondiente al domingo 24 de este mes.



Reproducimos a continuación la ultramodernista poesía del señor González Licnovia, pseudónimo con que se oculta el originalísimo poeta J. M. González.

El autor de «En mi Alfeizar», composición que reproducimos hoy para deleite de nuestros numerosos lectores, nos ha prometido seguir colaborando en esta sección, la que prestigiada por versos tan vibrantes como los que ahora publicamos será leída con la avidez excitativa que en el Pegaso del buen gusto nos separa de lo terreno, de lo humano, para conducirnos a través de los etéreos laberintos de lo incomprensible.

Desgrana, poeta, en los oídos
del lector
la plática de amor
que deleite, cantando, sus oídos!

EN MI ALFEIZAR

Gh! . . . virgen seductora....doquier yo te saludo! . . .
con un canto dl' arpa divina y sonora;
y un pensamiento, en el alba t' escribo
con el marfil d' ingénua lira, mi escudo:
sagrado Emblema q' el arte y l' ciencia adora!

—Deleitábame de brazos en el alféizar de mi adorada ventana;
Cuando un lampo de luz acompañado de la aurora vi cruzar;
A paso lento y magestuoso, en oración de la mañana:
¡Era un ángel escoltado de brillantes y perlas q' al templo ibase a dorar.
—Deidaba en su paso luminar el cielo y cincelarle el corazón;
Pero un litúrgico canto . . . que sin dilación turbó mi mente
Con un átomo de vida que sifrábame un tímpano de adoración:
Que bajo tu omnímodo poder deblegué ante mundo nivea frente . . .
—Nacararte siendo entre aquel donaire de alegre Pompadouri.
Con los mágicos lampos de ladina esmeralda y rubí;
Que bislumbran de los diamantes cortes de Jack-Yemdourt.
—¿Dilatarte con el rima quiero a la sombra de topacio, piedra de liz
Y mis románticas trovas que el templo dilata y ora por tí:
Dónde sin mágica quiciera hacerte en el año Oh! . . . perla feliz? . . .)

Panamá, R. P.. Enero 1915.

González Licnovia.



Hotel Corcó; la casa obligada de la gente de buen gusto.